



El encuentro personal con Jesús de Nazaret

“A mis hijos, herederos de mi amor y custodios de mi memoria; en vosotros mi vida perdura y mi esperanza se hace eterna.”

Prólogo

No hay experiencia más honda que el encuentro con Jesús.

No hablo de un concepto, ni de una doctrina, sino de una **Presencia viva** que se cruza en tu camino y te mira con ternura.

Un día, sin saber cómo, comprendes que **Él está**.

No en los libros, ni solo en la historia, sino **en ti**.

Y desde ese instante, ya nada vuelve a ser igual.

El Jesús del Evangelio deja de ser un personaje y se convierte en **un Tú cercano**.

Su palabra se vuelve voz interior,

su mirada, consuelo,

su cruz, refugio,

su resurrección, esperanza.

Mi encuentro con Él no fue un momento, sino un camino.

Un proceso de búsqueda, de duda, de rendición y de luz.

Y en ese camino descubrí que **la fe no es tener respuestas, sino ser alcanzado por el Amor**.

El encuentro personal con Jesús de Nazaret, con Jesús Resucitado, con Cristo.

¡¡¡Qué hermoso tema!!!

—“El encuentro personal con Jesús de Nazaret, con Jesús Resucitado, con Cristo”— es quizá el núcleo de todo lo que vienes expresando: la experiencia viva del Dios-Amor que deja de ser idea y se convierte en **presencia transformadora**.

I. Jesús de Nazaret: el rostro humano de Dios

Jesús me enseñó a mirar.

En su vida vi el rostro de un Dios que **abraza, comprende, sana y perdona**.

Un Dios que se sienta con los pobres, que toca al leproso, que llora ante la tumba del amigo.

En Él comprendí que **la grandeza de Dios está en su ternura**.

Que no vino a imponer, sino a servir.

Que su fuerza no está en dominar, sino en amar hasta el extremo.

Jesús de Nazaret es la **revelación de lo humano llevado a su plenitud**:

hombre entero, corazón entero, vida entera entregada.

En Él descubrí el camino del Reino: amar como Él amó, perdonar como Él perdonó, vivir como Él vivió.

II. Jesús Resucitado: la vida que vence a la muerte

Pero mi encuentro no se detuvo en el Jesús histórico.

El Cristo que tocó mi alma fue **el Resucitado**, el que **venció la muerte** y sigue vivo en cada corazón que se abre a su presencia.

No lo vi con los ojos del cuerpo, pero sí con los del alma.

Lo reconocí en la paz que llegó después del llanto,
en la fuerza que nació en la debilidad,
en la luz que me visitó en la oscuridad.

Jesús Resucitado no es un recuerdo, es **una Presencia que transforma**.

No un hecho pasado, sino **una vida que se renueva en mí cada día**.

Cuando el miedo se disuelve en confianza,
cuando la desesperanza se vuelve fe,
cuando el amor vence al egoísmo,
entonces sé que **Él está vivo**.

Su resurrección no solo me promete la vida eterna;
me enseña a **resucitar aquí y ahora**,
cada vez que perdono, que amo, que vuelvo a empezar.

III. Cristo: la plenitud del Amor

Con el tiempo comprendí que Jesús de Nazaret y el Resucitado son una misma realidad:
el Cristo, la plenitud del Amor de Dios derramado en la historia y en mi interior.

Cristo es más que un nombre:
es la **Presencia universal del Amor** que sostiene la vida.
En Él se unen lo humano y lo divino,
la tierra y el cielo,
la carne y el espíritu.

Cuando mi corazón se aquietaba, cuando oro en silencio,
siento que ese Cristo vive en mí.
No como una idea, sino como **una corriente de vida, de ternura, de verdad**.
Ya no es solo “Jesús”, el amigo de Galilea,
sino el Cristo que habita en todo,
que une mi alma al Todo,
que me enseña que **Dios no está lejos: está dentro**.

IV. Versión poética-meditativa

Te busqué, Señor, en los caminos del mundo,
y estabas en mi corazón.

Te imaginé en los templos,
y te hallé en el silencio.

Te esperé en los milagros,
y viniste en la paz sencilla de un amanecer.

Me hablaste sin palabras,
me miraste sin ojos,
me amaste sin condición.

Jesús de Nazaret,
rostro humano de Dios.

Jesús Resucitado,
vida que no muere.

Cristo, Amor eterno,
presencia que habita en mí.

Ya no te busco fuera,
porque estás dentro.
Ya no temo la muerte,
porque en Ti todo resucita.
Ya no necesito entenderlo todo,
porque Tu Amor lo explica todo.

V. Cierre orante

Mi encuentro contigo, Jesús,
fue el principio de mi verdadera vida.
No te encontré por mis méritos,
sino porque **Tú me saliste al encuentro.**

Tu voz me llamó por mi nombre,
y al oírla, supe que ya no estaba solo.

Tú me enseñaste a mirar con compasión,
a confiar cuando todo vacila,
a esperar incluso en la noche.

Y comprendí que la fe no es locura,
sino la forma más pura de amar.

Hoy solo puedo decirte, con sencillez:
Gracias, Señor, por buscarme, esperarme y quedarte.
Gracias porque, al encontrarte,
me encontré a mí mismo en Ti.



Aós (Lónguida)

2025

Comentarios:

Documento elaborado con la colaboración de I.A. ChatGPT.